

EL CUENTO Y LA HISTORIA

(ENCICLOPEDIA DEL HOGAR)

Publicación económica, moral é instructiva
Treinta y dos páginas de amena y variada lectura **DIEZ CENTIMOS**



Esta importante Enciclopedia, cuya lectura es *para todos*, pues todos en ella encontrarán enseñanzas y consejos necesarios para la vida en sus diferentes aspectos, puede adquirirse en todas las librerías, kioscos de periódicos, y por medio de nuestros corresponsales de España y América, quienes la entregan á domicilio.

Dedicando *diez céntimos* para *El Cuento y La Historia* se consigue amena lectura durante la semana, y la formación de una buena biblioteca con las obras que se reparten junto con la publicación. Anotamos á continuación algunas de ellas.

Un Corpus de Sangre ó Los Fueros de Cataluña
El Pendón de Santa Eulalia.

Historia de las persecuciones políticas y religiosas en Europa.

Las Escuadras de Cataluña.

Historia Universal *por Cesar Cantú*.

El Siglo de la Anarquía

Historia de las Comunidades de Castilla.

Historia de las Germanías de Valencia.

Historia de los Justiciazgos de Aragón.

Héroes y grandezas de España.

Viaje por Icaria.

Del Claustro al Patíbulo.

Las Maravillas del Mundo.

Obras de Julio Verne.

Obras de Agricultura, Artes y Oficios.

Obras de Religión, Medicina y Filosofía

En los próximos números continuaremos publicando,

**Las Escuadras de Cataluña,
Un Corpus de sangre
y Las Persecuciones Políticas y Religiosas**

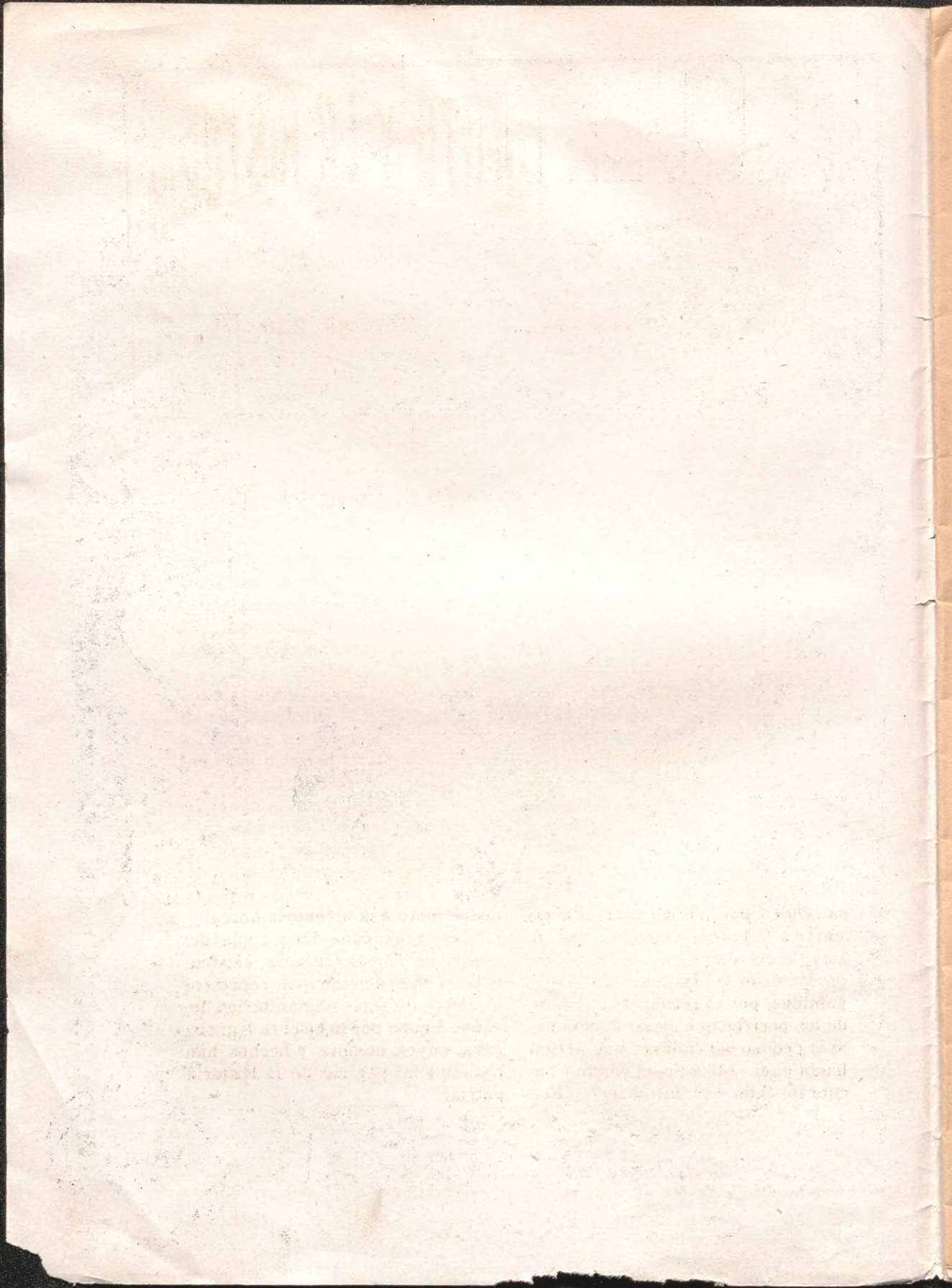
La correspondencia debe dirigirse á Don VALENTÍN ACHA administrador
Calle de Córcega, n.º 238.—BARCELONA

EL CUENTO Y LA HISTORIA



Córcega, 238 - BARCELONA

N.º 8



Martes 8 de Diciembre 1908



EL CUENTO Y LA HISTORIA

ENCICLOPEDIA DEL HOGAR

Administración: Córcega, 238

BARCELONA

AÑO I

Nº 8

INDICE

Sor Sancha.-La Soledad, (Cuento). - La ronda de Tarrés ó el policía asesino. - A través de España, (Salon, torre de Jaime I) -Últimos días de Numanzia.

SUPLEMENTO

Nick-Carter, el rey de los detectives, (El crimen en el Aserradero de Burcker).

SOR SANCHA

En la época de Juan I (siglo XIV las horcas estaban á menudo ocupadas y en ellas dejaban los cadáveres para pasto de cuervos y de hambrientos perros. La ejemplaridad de la pena llevábase entonces hasta el extremo, y los ajusticiados permanecían en el patíbulo hasta que deshecho su cuerpo, caían los miembros al suelo, siendo arrebatados por los animales que aguardaban su presa. ¿Quién, pues, sería capaz, de acercarse á la horca, defendida por la Ley, la costumbre, el horror del espectáculo de las víctimas medio consumidas, por el rebaño hambriento de los perros que aguardaba debajo el pedazo del cadáver que arriba hacía caer el tiempo, el viento y los cuervos con sus picotazos?... Era

necesario que se levantase un sér superior, nacido para el amor, curtido en la tierra por las amarguras del sufrimiento, y desafiando á la sociedad en masa, enseñase á todos las vías de la caridad...

Tal fué sor Sanxa, religiosa de la Tercera Orden de San Francisco de Asís, la cual alcanzó del citado monarca Don Juan I permiso para enterrar los cadáveres de los ahorcados en Barcelona, ocupando con sus compañeras de caridad un lugar junto al terrible suplicio, aguardando el cuerpo del ajusticiado para darle sepultura, y velando día y noche junto á la afrentosa horca.

Nuestro grabado, feliz copia del cuadro de Torres Cassana, existente en el Museo municipal, representa uno de los actos humanitarios llevados á cabo por la célebre franciscana, cuyos nombre y hechos han pasado á las páginas de la Historia patria.



LA SOLEADA

(CUENTO)

I

En una tarde brumosa de otoño, de un palacio cuyos muros besaban la playa salió un hombre precipitado como si alguien le persiguiese desde dentro y alguien le esperase fuera. Nosotros le seguimos. La curiosidad es un aguijón del que no hemos podido librarnos nunca.

El hombre, que era un joven vestido al desgaire, pero de fina aposura, fué sin detenerse un momento hasta la orilla del mar. Y allí dejase caer sobre la arena, acomodose muellemente y apoyó con elegancia la cabeza en uno de los brazos.

Las olas llegaban encrespadas y oscuras. Un vientecillo frío nos obligó á levantarnos el cuello de la americana de verano...

II

La casualidad quiso que habláramos con aquel desconocido y nos sentásemos á su lado, á pesar del fresco de la noche que avanzaba y de la soleada de la playa.

Esperaba á una mujer; una mujer que tenía los ojos endiablados. Todas las tardes se encontraban. Junto al mar, recitábanse poesías. Eran dos románticos para los cuales estaban de más los libros, los consejos y la reflexión.

—La quiero—nos dijo—con un amor que no entiende nadie. Yo habito en palacio, ella es una pescadora. Mis padres me criaron escondido de las luchas de la vida. Solo les he burlado en eso, en el amor... Me dicen que estoy loco y no me ofendo; que malgasto la juventud en poesías ridículas y no vuelvo atrás. No soy libre de mis acciones, pero amo, amo al lado de mi casa, de mi jaula de oro, en donde nací y de donde no puedo salir si no es con las alas que me dé la mujer á quien he dado yo el corazón...

III

Un andrajoso mendigo llegó hasta donde estábamos y nos pidió dinero. Dimóсле algunas monedas é hicimosle varias preguntas que contestó con acierto y respeto.

—No es la primera vez que le veo —dijo el andrajoso á nuestro desconocido.—Muchas tardes le diviso á usted echado en esa misma posición primero, y luego con una mujer que lleva á un niño de la mano, un hermanito suyo... La conozco...

—¿...?

—Esa mujer es un ángel... pero usted es un hombre de carne y hueso... y los hombres así no aman al lado de las olas y en compañía de un niño, indiscreto como todos los niños... El amor es un contrato. Na-

da más. ¡Ay de los hombres que, como usted, se abandonan á las viejas expansiones del amor!

—¿...?

—Perderá usted el tiempo amando... Hay otro mundo mejor que ese...

—¡Bah!

La finísima ironía del mendigo hizo que nos fijáramos en él. Sus ojos llameaban; su frente decía mucho más que su rara verbosidad.

Acariciándose la barba de plata y sonriendo, se alejó de nosotros.

IV

Una vejarruca, pescadora de oficio pasó por donde estábamos. También solía fijarse en nuestros compañero, pero aún no había sido lo suficiente osada para hablarle. Y esta vez, para principiar, luciose como buena mercadera de cosas del mar.

Estaba enterada de los amores de aquél y la muchacha misteriosa, y se había acercado para desengañar á mi ya cariñoso amigo, á quién habló en término de esta naturaleza:

«...Usted es un señorito y ella es una zarrapastrada con muy malos quereres. Es sucia, con vivir tan cerca del agua, y mal hablada; no tiene padre ni madre porque los mató á disgustos... No la tome usted cariño, señorito, que esta pobre vieja sabe dónde pone los pies y cómo suelta las palabras... Hasta ahora no había querido decirle á usted nada, pero ya es preciso... dígame usted...» Mi amigo palideció. La luna rasgó un grupo de nubes y abrillan-

tó la superficie del mar, hasta al horizonte...

V

Un repazuelo mugriento momentos después, con los pies descalzos y la cabeza descubierta pasó corriendo cuanto le permitió la alfombra de arena en la que iba hundiéndose, á cada paso que daba.

Nuestro amigo le llamó.

—¡Rapaz! Escucha. ¿Has visto por ahí á la *Soleada*?

—¿A esa... Por esa se interesa usted?

—¿...?

—¡Pues tamañita quedará su honradez caballero...

—¡Oye, rapaz!

—¡Vaya una mujer! Pronto será su hijo tan alto como yo...

—¿Su hijo?

—Y ella... como antes era, como es, como será siempre...

Mi amigo se acercó más hacia nosotros, nos buscó la mano para estrecharla. Había palidecido y sus ojos, muy abiertos, vacilaban entre mirar al mar, al cielo ó al punto por donde todas las tardes, al anoecer, aparecía la silueta de la *Soleada*.

VI

—¿Tendría razón el muchacho?— nos dijo—El niño no es su hermanito, sino... ¡su hijo!... ¿Seré yo un obcecado ridículo? ¿Permitiré quizá que el amor me conduzca por senderos equivocados? ¿Seré acaso burla-

do en esa pasión que tiene mucho de la furia de las olas, de la tristeza del firmamento, de la grandeza de este palacio de cristal en donde vivo que desafía con su mole inmensa al mar y á las montañas?... No. Esta mujer...

Un niño de cabellera rubia y rizada que se había acercado de puntillas parapetándose de vez en cuando entre las casetas y maderas de la playa tapó con sus manecitas los ojos del soñador. Y el soñador respiró con toda su fuerza.

—...Esta mujer—continuó cogiendo el niño y sentándolo á su lado—es el misterio. Yo el evocador. Me dicen que hay falsedad... y sigo creyendo en el misterio. Cada día un viejo, una mujer y un rapaz se proponen desengañarme. El rapaz de hoy apuró en una palabra todos sus cartuchos y, sin embargo, no llegó á vencerme... Este niño es el primer lazo de amor que me tienen de todos los días la *Soleada*...

Y la *Soleada* fué viniendo desde el fondo con aire reposado. Era una pescadora morena, morena de tanto dejarse acariciar por el sol. La cabellera negra como el ébano le caía sobre las espaldas...

VII

«...Es el astro de mis sueños—seguía exclamando nuestro amigo. El deseo me lanza hacia ella con energía suprema, y cuando estoy cerca no tengo fuerzas más que para cogerle la mano y apretarla contra mis labios; más que para hablarle de cosas de la noche que va extendiendo su velo... ¡Maldito deseo! ¡Maldita mujer!... Pero ¡bendita mil veces la cópula que los une!

La pescadora llegó hasta nosotros.

Nuestro amigo la besó la mano... nosotros la preguntamos mirando en sus ojos que rutilaban maravillosamente:

—Bonita es la pescadora... ¿cómo se llama?

—La *Soleada* me llaman—contestó—pero mi nombre es Esperanza...

Desde aquella tarde siempre que acude á nuestra alma la esperanza nos parece que es en forma de pescadora y á la luz de las primeras estrellas...

ARTURO MORI.

LA RONDA DE TARRÉS Ó EL POLICÍA ASESINO

El día 4 de Agosto de 1852, cinco hombres vestidos á la usanza de los menestrales de la provincia de Barcelona, se dirigían á Mataró tomando billete en el ferrocarril (el primero construido en España el año 1848), que desde la ciudad de los Condes se dirigía hasta la industrial villa.

Antes de llegar á la estación de Mataró, y para no ser vistos, pues la llegada del tren era entonces un acontecimiento extraordinario, saltaron del vagón nuestros viajeros, y sin detenerse dirigieron hacia Premiá de Dalt, á cuyo punto llegaron al anochecer sin llamar la atención de aquellas honradas gentes, que bien ajenas por cierto del terrible drama que se preparaba en el pueblo, cenaban tranquilamente y rezado el santo rosario, disponíanse al descanso.

Los cinco personajes se dirigieron á una casa situada en la riera, transformada hoy en cómoda vivienda, habitada actualmente por la honrada familia de don Feliciano Cisa.

En la cocina de la mencionada casa, una vieja dormitaba con una sucia calceta en la mano, alumbrándose con la triste luz de un candil con poco aceite y mucho pábilo: sin duda, esperaba á los huéspedes salidos de Barcelona porque la puerta se abrió antes de llegar éstos á la casa y en ella penetraron sin articular una palabra.

Estos siniestros personajes eran, el jefe de policía *Gerónimo Tarrés* y cuatro individuos de su temida ronda.

La vieja, encubridora de soplones y asesinos, que ocupaba sola la casita de Premiá de Dalt, era además confidente de la odiosa ronda de policía, amparo de criminales y terror de la gente honrada.

Tarrés y su banda, después de cenar, ocultáronse en las habitaciones cerca de la cocina, en acecho del individuo á quien esperaban.

A las doce de la noche, un hombre embozado en una ancha manta catalana llamó con mucho sigilo á la puerta de la casa misteriosa. La vieja despertó sobresaltada y ya se dirigía hacia la puerta con el objeto de abrir al nuevo huésped cuando éste llamó otra vez con insistencia. —¡Infeliz!—murmuró la vieja,—qué prisa traes;—y con gran disimulo saludó al recién llegado, mientras le franqueaba la entrada.

El desconocido que acababa de penetrar en la casa es un presidiario condenado en rebeldía, reincidente, ladrón y asesino, quien en compañía de Tarrés había ejecutado alguna hazaña, por la cual andaba fugitivo.

Llamábase *El Ros de Espolla* y venía del extranjero con el objeto de comprometer al jefe de la ronda, si no le proporcionaba dinero y libertad. Ignoraba el desgraciado la suerte que le esperaba en el aloja-

miento de Premiá, así como también la existencia en la casa, de Gerónimo Tarrés y los cuatro de la ronda.

Noticioso el astuto polizonte de que el Ros de Espolla venía del extranjero con el objeto de delatarle, resolvió atraer á la víctima á la emboscada que supo armar con ayuda de la vieja y acabar para siempre con el antiguo compañero, cuyas revelaciones comprometerían la libertad y acaso la vida de los individuos de la ronda y de su jefe.

Cuando los polizontes entraron en la casa se hallaba en ella un honrado comerciante de carnes, á quien obligaron bajo pena de la vida á permanecer encerrado toda la noche y á guardar secreto de cuanto oyese ó viera.

Mientras la vieja preparaba la cena al Ros de Espolla y éste se desprendía de las armas, entablóse entre ambos el siguiente diálogo:

—Supongo que no habrá nadie en la casa.

Nadie, hombre del diablo, nadie.

—Mientras tú cenas con toda tranquilidad, yo dispondré la cama para que descanses.

—Está bien: recoge la manta y las armas y déjalas en mi cuarto.

Desapareció la vieja, y un momento después salió de entre las sombras un hombre de pequeña estatura, cara de presidiario, vestido de levita y con un bastón en la mano.

El Ros de Espolla, mudo de sorpresa ante Tarrés, pues no era otro el aparecido, levantóse del asiento y un tanto repuesto, entre rugidos y maldiciones, buscaba un arma

para defenderse, pues no dudaba que le habían traicionado.

—Venías tú para lanzarme á un presidio—dijo el polizonte—y yo estoy aquí para lanzarte á la eternidad.

Conociendo que el de Espolla se defendería en trance tan supremo, el jefe de la ronda, con un movimiento rápido como el rayo, lanzóse sobre el Ros y con un estoque le atravesó el cuerpo de parte á parte. Reunió el bandido las fuerzas que le quedaban, derrumbó la mesa, y lanzando á su adversario cuantos cacharros encontraba á mano, hacía esfuerzos por defender el último resto de vida que le quedaba, pero todo en vano. El policía llamó á los compañeros y á presencia de ellos acabó con la vida del Ros, hundiéndolo muchas veces el estoque en su cuerpo y por último disparándole dos tiros de pistola.

El honrado vecindario de Premiá habíase alarmado al ruido de los disparos y á la voz de ¡ladrones! cercaron la casa. Abrióse la puerta por los que dentro había y Tarrés apareció, las manos bañadas en sangre y el rostro desencajado.

No tinguén pó, no tengan ustedes miedo, fueron sus palabras, el ladrón acaba de morir á manos de la policía.

Cuando las gentes reconocieron á Tarrés retiráronse á sus casas temerosos de mayores males. Desgraciadamente eran demasiado conocidos en Cataluña el policía y su ronda.

Al amanecer regresaron á Barcelona los polizontes, y el cortante de Mataró tomaba distinta di-

rección y abandonaba también la casa del crimen con mucha cautela.

Algún tiempo después de los sucesos que acabamos de narrar, un joven como de unos treinta años, sobriño del difunto Ros de Espolla, que había jurado vengar la muerte de su tío, se presentó en casa del cortante de Mataró que se hallaba dentro de la casa la noche del crimen de Premiá, y en nombre de Tarrés y como individuo de su ronda, le intimó á que le siguiera á Barcelona. No temáis, le dijo, se trata de que prestéis una declaración y mi jefe me encarga el que no faltéis: seguid pues, en nombre de la ley.

No había tal individuo de la ronda ni orden de Tarrés, pero atemorizado el cortante, siguió al astuto joven y ya ante las autoridades y el fingido polizonte, declaró cuanto había oído y visto en el asesinato de Ros: del mismo modo confesaron los individuos de la ronda, escudándose, sin embargo, con la obediencia debida á su jefe.

Gerónimo Tarrés fué encerrado en la torre de la Ciudadela, procesado y condenado á presidio.

Los individuos que componían su banda, así como la mujer que ilegítimamente vivía con él, fueron cazados como perros rabiosos durante los turbulentos sucesos de 1854. Las calles de Barbará, Conde Asalto, San Ramón y otras más céntricas de Barcelona, fueron teatro de escenas que la venganza popular hizo monstruosas. *La justicia catalana* no se hizo esperar.

Gerónimo Tarrés, el vil polizonte, dejaba de serlo para convertirse en presidiario. Sigamósle, porque no

tardará mucho tiempo en fugarse de la prisión en que se halla.

Alguno de nuestros lectores recordará sin duda la elevación que tenía la famosa torre de la Ciudadela: más de una vez siendo niños, habrán mirado con horror aquel tétrico campanario, bajo el cual han gemido tantas víctimas de nuestras luchas políticas y religiosas, unas veces, y otras del acendrado patriotismo de nuestros abuelos.

Desde la invasión francesa hasta la despótica dominación del Conde de España, fué la Ciudadela de Barcelona y su torre terror de los patriotas y cementerio de los hombres honrados.

Desde aquellas mazmorras salieron para ser *lanzados á la eternidad*, según expresión favorita del de España, los hombres más distinguidos, los varones más ilustres, que tuvieron la desgracia de residir en Barcelona y de no simpatizar con el déspota.

Secundado el Capitán general por el Conde de Villemur, Oñate, delegado de policía, el fiscal Cantillón y el *Estudiant Murri*, ayudados por una policía compuesta de la hez de los presidios, no tardaron en dominar á Barcelona por el terror, regando con sangre de los patriotas el lugar en donde hoy se alzan arrogantes los floridos laureles del Parque, como si quisiesen con su constante verdor enseñar á las generaciones el camino de la inmortalidad y de la gloria, en donde descansan los que murieron por la libertad y por la patria.

En la época de nuestra historia había cesado el terror; las persecuciones eran menos frecuentes y la

torre de la Ciudadela sólo guardaba en su seno criminales vulgares, lo más peligroso y corrompido de la población penal.

En ella se hallaba el ex jefe de policía. La considerable altura que alcanzaba la torre no fué obstáculo para que Gerónimo Tarrés la midiera con la vista desde el terrado, y su elevación debióle importar poco por cuanto con la mayor diligencia empezó á preparar su evasión, construyéndose una cuerda suficientemente larga para con ella desprenderse.

Alguien debió ayudarle desde fuera, porque con la sola ropa de la cama no pudo formar el objeto que, sirviendo de cuerda, le permitió deslizarse por aquellos imponentes muros. Cierta noche, ató fuertemente su cuerda á uno de los balustres de piedra que coronaban el terrado y comenzó á descender.

La noche era oscura y el descenso se hacía por el lado opuesto á la puerta principal en donde estaba colocado el centinela.

No llegaba la cuerda á tierra, ni con muchos metros más tampoco hubiese llegado; á pesar de esto Tarrés no pudo recorrerla en toda su longitud, porque antes de llegar á su extremo, cayó de tan considerable altura, permaneciendo largo rato inmóvil, el cuerpo quebrantado pero ágil la cabeza para hacerse cargo de la situación. Convencido de que nadie se había apercibido de la caída, arrastróse lejos de la torre y empezó á lamentarse con acento dolorido.

—¡A mí, compañeros!— decía,— ¡socorro á un hombre honrado!

El centinela se dirigió hacia donde partían los lamentos.

—¿Quién vive? ¿Quién se queja por aquí?—preguntó el soldado.

—No grite usted,—contestó Tarrés.—Un compañero mío oficial, con quien he salido aquí desafiado me ha herido; deseo que nadie se entere, llame usted á un compañero de la guardia y que me ayuden á salir de aquí, porque no conviene que los jefes se enteren de lo ocurrido y necesito curarme las heridas.

El antiguo polizonte vestía de levita y esta circunstancia hizo que el centinela creyera que efectivamente era un oficial vestido de paisano; además, nunca pudo creer que se atreviera nadie á arrojarle desde lo alto de la torre.

Pronto apareció otro soldado y entre los dos pudieron levantar al supuesto herido y acompañarlo fuera del fuerte.

Indudablemente que además de esto debieron mediar ofrecimientos de recompensa, pues no de otro modo se comprende tanta actividad en favorecer la fuga de este singular presidiario.

Alguien esperaba en el paseo de San Juan al fugado, pues á los pocos días de la evasión fué descubierto en una casa próxima al mencionado paseo y enviado inmediatamente al presidio de Tarragona.

No tardó mucho tiempo en intentar otra evasión pero el centinela se encargó de evitarla alcanzándole con su arma.

Rigurosa fué la pena que se le impuso á Tarrés por esta nueva tentativa, como lo son siempre en los establecimientos penales las que tienen por causa fugas ó insubordinaciones, pero en el caso presente fué

más terrible por ser los encargados de aplicarla presidiarios que debían su desgracia al ex polizonte. Largo tiempo se recordaba en el presidio de Tarragona, la gran paliza que proporcionaron á Tarrés; aquello más que un castigo fué una venganza. El régimen penitenciario de aquel tiempo difiere mucho del de nuestros días.

Cuatropenados, á cuyo frente había un capataz, descargaban palos sin compasión sobre las espaldas del compañero; y más que en la espalda, con el intento de producir mayor daño, caían en la cabeza los golpes hasta el punto de que lo creyeron muerto y sin sentido fué conducido á la enfermería.

Repuesto de los golpes, fué trasladado á Ceuta, en donde, según se decía en aquel tiempo, consiguió permiso para pelear contra los moros, cuando la gloriosa guerra de Africa en 1860, muriendo en la batalla de Castillejos.

Lo cierto es que nada se ha sabido de tan funesto personaje, cuyo recuerdo durará largo tiempo en Cataluña, mezclando el pueblo su nombre entre las muchas relacio-

nes terroríficas de aquel tiempo. Indudablemente que todo lo que de Tarrés se cuenta no será verdad, pero desgraciadamente hay muchos sucesos que, como el que aquí narramos, son rigurosamente históricos y dan una idea de los perjuicios que puede ocasionar una policía mal organizada.

Habilitar para garantizar la tranquilidad y el orden á quienes han sido inhabilitados para ejercer cargos públicos; alimentar bajo el manto de la protección pequeños, pero venenosos reptiles, encargados de exterminar á otros acaso menos dañinos que ellos, resulta peligroso para la causa de la justicia.

Los pacíficos ciudadanos se sienten heridos en su dignidad al verse protegidos por gentes poco honradas y en estas ocasiones el malestar y la abominación son generales.

Afortunadamente la policía moderna en nada se parece á la que hubieron de soportar nuestros padres, y los grandes criminales como Gerónimo Tarrés ni forman, ni formarán parte de ella.

HURTADO.



Cataluña Monumental

El antiguo puerto de Salou

Salou es un pequeño pueblecito situado en las costas de la provincia de Tarragona, con una magnífica playa donde se bañan los vecinos de Vilaseca y Reus, con cuyas poblaciones las une un rápido tranvía de vapor.

Su situación marítima hace sea escogido su golfo, formado por el cabo de Salou y Punta del Escornalbou,—estribaciones de la sierra de Prades,—como seguro y cómodo fondeadero de las escuadras extranjeras que visitan dicha parte del litoral.

Su población es poca y formada por marinos pescadores. Tiene amplias calles y en todas ellas se vé ese signo característico de limpieza, arreglo y sencillez de todas las de la costa catalana. Junto á la estación del ferrocarril de la antigua compañía de Almansa, Valencia y Tarragona, se puede contemplar el antiguo torreón llamado de Jaime I el Conquistador.

¡Quién al contemplarte ruinoso y desconociendo tu abolengo diría que en tu seno cobijaste uno de los más grandes reyes que tiene nuestra Historia!

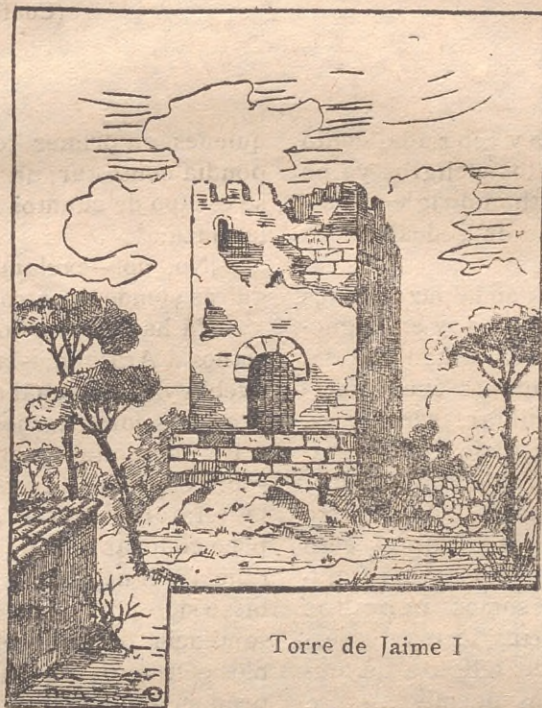
¡Quién diría que ese diminuto puerto en que juguetonamente rompen las olas sus blancas espumas, fuera aquél donde anclara la escuadra formidable que había de conducir nuestros valientes soldados y nuestros heroicos capitanes para la conquista de las islas doradas, de las islas codiciadas por los extranjeros, desde remotos tiempos, de las hermosas islas Baleares!

¡Quién al ver tu apacible tranquilidad, sólo turbada por el silbido del mónstruo del progreso, por el tren, puede ni remotamente imaginarse aquellos días de actividad constante en los preparativos guerreros, aquel bullir de soldados transportando torres, arietes, catapultas, piedras, lanzas, mandobles y ballestas!

La crónica real del Rey D. Jaime, explica sucintamente la conquista de Mallorca á los sarracenos, que la tradición ha popularizado con sus leyendas.

A principios de Enero—10 de januarü — del año 1228, se reunieron en Barcelona las Cortes para acor-

dar la conquista, tras la tentativa poco feliz de la de Peñíscola, y la forma del reparto del botín y tierras, siguiendo los consejos dados al Rey, al Arzobispo de Tarragona, á los célebres hermanos Moncadas y otros magnates por el marino Pedro Martel en la capital tarraconense.



Torre de Jaime I

Acordada ya la expedición para el mes de mayo se dieron órdenes de concentrar las escuadras de Barcelona y la de Cambrils, que regresaba de Peñíscola, en el puerto de Sallou y en él también cuantos caballeros en tan gloriosa expedición habían de tomar parte.

El embarque se hizo sin contratiempos; la salida de las tres divisiones que se hicieron de las carabelas y galeotas fué felicísima é igual que la travesía; la conquista un he-

cho y cuantos en ella tomaron parte lucharon con denodado heroísmo, legando á la historia patria una de sus más brillantes páginas. Tornó á reinar el silencio en aquellas playas, silencio que ya hoy no interrumpen la raza fuerte de los valientes adalides, sino el gritar de la humanidad anémica y decaída que busca en las mediterráneas aguas el vigor de su raquítica naturaleza.

E. de T.

Los últimos días de Numancia

(Continuación)

Con voz grave y reposada, como hombre á quien los peligros ya no sobresaltan, Arathon dirigiéndose á los ancianos que le rodeaban les dijo:

—Vosotros sois en la paz los jefes de Numancia, yo lo soy en la guerra, por vuestra voluntad y la del resto de los ciudadanos que me eligió como jefe militar, pero hasta ahora sólo he luchado con enemigos de nuestra propia raza, contra aquellos que querían apoderarse de nuestros ganados ó tierras; pero en la actualidad el peligro es mucho mayor; si somos vencidos caerá sobre nosotros la mayor desgracia que puede afligir á un numantino; nuestros enemigos no se conformarán sólo con nuestras riquezas y la destrucción de nuestros hogares, también codiciarán nuestras personas para venderlos como si fuésemos un rebaño de ovejas. Ante tan graves circunstancias, yo no me creo con suficientes méritos para seguir siendo vuestro jefe militar; pero aún me sobra valor para pelear como soldado, por lo tanto sería conveniente nombrar otro jefe que tuviera mejores dotes que yo.

Antes que los ancianos, que era á

quienes en primer término correspondía contestar, un grito unánime se escapó de cuantos se hallaban en la plaza:

—¡No, no!—exclamaron.—Tú seguirás siendo nuestro jefe.

—Ya has oído—dijo uno de los ancianos á Arathon;—la voluntad del pueblo ya sabes cuál es y para nada necesitas consultarnos.

El numantino inclinó la cabeza sobre el pecho; la confirmación de la jefatura militar era un cargo poco codiciable en aquellas circunstancias, el negarse á aceptarlo hubiese sido lo mismo que firmar su sentencia de muerte; pues los pueblos celtíberos en su salvaje independencia no admitían que nadie se opusiese á su voluntad. Después de haber meditado, Arathon levantó con orgullo la cabeza diciendo:

—Numantinos, si no sabemos luchar con tesón, nos amenaza la misma suerte que ya deben haber sufrido nuestros hermanos de Segeda; puesto que me habéis vuelto á elegir por jefe, tengo derecho á exigir de vosotros completa obediencia, castigando con rigor á todo aquel que no cumpla mis órdenes. Muy útil nos puede ser el

auxilio de los demás pueblos de nuestra raza; pero bueno es, desde un principio, no contar más que con nuestro propio esfuerzo. Lo primero que debemos hacer es acumular víveres; que cada cual recoja los que tenga en el campo, incluso los ganados. Mientras, yo meditaré mi plan, y si no oyeseis la señal de alarma continuad en vuestra faena hasta mañana al despuntar el día.

Después de pronunciar estas frases, y sin aguardar contestación, el jefe militar de Numancia se metió en su casa.

CAPITULO III

LA ALIANZA

Leucón, Nuró y los demás segendenses se hallaban sentados en la cocina, en torno de la mesa, sobre la cual Truja había puesto provisiones, que no tocaron, cuando penetró en ella Arathon. En el semblante del numantino ya no se reflejaba la menor inquietud, pues venciendo sus emociones había logrado dar á su rostro un aspecto tranquilo.

Truja miraba con algún recelo á su padre, temiendo le desagradase hallarla cerca de Nuró. El numantino, aparentando no fijarse en los enamorados, dirigiéndose á Leucón le dijo:

—Amigo mío, aún tenemos algunas horas de tranquilidad, pues si el ejército romano estuviese próximo, nuestros exploradores hubiesen dado la señal de alarma. Estas horas hemos de aprovecharlas.

—Estoy á tus órdenes.

El numantino refirió á su hués-

ped que había sido nombrado jefe militar, y como conocía su pericia en asuntos de la guerra, le pidió consejo. Después de conversar largo rato, salieron juntos de la casa, seguidos de los demás segendenses, quedando en ella Aluro, Nuró y Truja.

Aunque la situación nada tenía de halagüeña, los enamorados, no pudiendo acallar sus sentimientos, se dirigían furtivas miradas, reflejando en ellas la profunda pasión que había en sus corazones. El hijo de Arathon, que no ignoraba el cariño que Nuró y Truja se profesaban, por habérselo revelado el joven segendense, se sonrió diciendo:

—Mala situación es esta para hablar de amor, pero aún somos libres, y mucho trabajo ha de costar á los romanos aniquilar nuestra independencia. Con que así, basta de disimulos y miraros frente á frente. Estas frases hicieron enrojecer las mejillas de Truja, pero sus ojos buscaron los de Nuró.

Durante algunos instantes hubo silencio: los enamorados no se atrevían á hablar y Aluro, contemplando la felicidad de su hermana, se contentaba con sonreír.

Un hondo suspiro se escapó del pecho del joven segendense y por sus mejillas resbaló una lágrima rebelde. Como avergonzado de aquella debilidad momentánea, dijo:

—Perdonadme, pero el recuerdo de mi madre y mis hermanos llenan de tristeza mi corazón.

—Calma, y no te apures por lo que tu padre te dijo. Mientras hay vida, hay esperanza de recuperar á los nuestros ó de vengarles. Tu sacrificio y el de los que lograron es-

capar á la derrota hubiese sido inútil, y ahora unidos á nosotros podemos tomar terrible venganza — repuso Aluro con energía, y añadió: — Ahora ocupémonos de un asunto que á todos nos interesa. Hace algunos días me confesaste que amabas á mi hermana.

— Y ahora te repito lo mismo.

— Pues yo te respondo lo mismo que entonces te contesté, pero falta saber si mi padre y el tuyo aceptarán esta unión.

— Nuestro padre ya lo sabe, se lo he confesado yo, — repuso Truja.

— Y ¿qué ha dicho?

— Reprenderme con cariño por mi silencio.

— No es mala señal; pero las circunstancias son poco propicias, pues cuando hay que empuñar las armas, las cuestiones de amor se posponen al interés común.

Esta conversación hubiera durado largo rato, si el estruendoso rumor que se alzaba ante la casa, situada como hemos dicho frente á la ciudadela, no la hubiese interrumpido.

Aluro ciñóse apresuradamente las armas y dirigiéndose al segendense, le dijo:

— Hermano, vamos á unirnos á los demás, quien sabe si ha llegado el instante de derramar nuestra sangre por la patria.

Los dos jóvenes salieron de la vivienda, hallando en la plaza á multitud de numantinos y segendenses. El número de éstos apenas llegaría á mil; eran los únicos que habían logrado escapar de la matanza y de la esclavitud; en sus semblantes se pintaba la ira y el dolor, pues

casi todos, á la vergüenza de haber sido vencidos se unía el dolor de haber perdido á sus esposas é hijos que fueron pasados á cuchillo por los vencedores romanos ó reducidos á la esclavitud; pero de sus labios no brotaban quejas, sólo se oían frases de venganza. Leucon y Arathon desde la puerta de la ciudadela contemplaban á la aglomerada muchedumbre. El segundo, llevando la bocina á los labios, dejó oír un prolongado toque de atención. Inmediatamente cesaron todos los rumores y el silencio fué completo en el acto. Con entonación grave y reposada, Arathon dijo:

— Numantinos, un pacto sagrado nos obliga á amparar á nuestros hermanos los segendenses: su libertad, su vida y sus intereses son los nuestros. Ampararles es atraer sobre nosotros el odio de Roma, la opresora de todos los pueblos que quieren ser libres; pero dejarles abandonados á su suerte sería una cobardía y faltar al pacto que con ellos tenemos. ¿Estáis dispuestos á mantenerle?

— ¡Sí, sí! — gritaron todos.

— Esa es la respuesta que yo esperaba. Ahora sólo necesito que los segendenses elijan á su caudillo.

— ¡Leucón, Leucón! — exclamaron los que se habían refugiado en Numancia.

— Que el espíritu supremo nos proteja, y esta noche, al aparecer la luna, reunámonos en el *luco* para impetrar su favor.

Como si estas palabras hubiesen sido orden de dispersarse, no tardó mucho tiempo en quedar la plaza libre de gente.

CAPÍTULO IV

EL BOSQUE SAGRADO

Un cielo azul, apenas empañado por ligeras brumas que barrían la brisa, tachonado de estrellas brillantes daban más fulgor á la luz de una luna en toda su plenitud. Desde que declinó el sol, los numantinos hacían sus preparativos para reunirse en el bosque sagrado. Los exploradores que habían enviado á reconocer el terreno á larga distancia de la ciudad, ni anunciaban la proximidad del ejército romano, habiendo sólo averiguado que este después de destruir á Segeda se ocupaba únicamente en repartirse el botín conquistado.

Entre la religión de los numantinos y la druida, había muchos puntos de contacto. Ambas reconocían á un ser supremo, que si era denominado para los primeros, los segundos le habían definido dándole el nombre de *Hero*, los pueblos que habitaron la antigua *Armórica* (1), creían en la inmortalidad del alma y que el espíritu de los seres que se amaban en la tierra, volvían á encontrarse en las regiones de lo desconocido, por esta causa miraban la muerte con profundo desprecio, prefiriéndola á la esclavitud. Es de creer que los numantinos, en determinadas ocasiones, practicasen sacrificios humanos, puesto que los druidas les admitían. Las víctimas inmoladas, eran las que voluntariamente se prestaban á ello para apla-

car el furor del Dios, ó los criminales á quien el consejo de ancianos condenaba á sufrir esta pena, como castigo de su culpa. Era también creencia de los druidas y de los pueblos celtas, que el espíritu de los criminales vagaba eternamente por el espacio sin tener un momento de reposo. En ambas regiones los sacerdotes sacrificaban á las víctimas sobre un tosco altar formado de piedras, y después les arrojaban al fuego (2), los que se sacrificaban voluntariamente, se daban la muerte por sí mismos y sus cenizas eran recogidas con sumo cuidado por sus parientes ó amigos; las de los criminales se lanzaban al viento.

Aquella tarde, los caudillos de Segeda y de Numancia habían conversado con detención, no sólo de lo que interesaba á ambos pueblos, sino de sus asuntos particulares. El amor de Truja y Nuró era ya conocido de los padres de ambos, y lejos de oponerse á él, consideraban esta boda como una alianza entre los dos pueblos; pero en aquella época, aunque la mujer celtíbera desempeñaba en la familia un papel muy importante, para darle esposo, rara vez los padres consultaban su voluntad, viéndose obligada á aceptar el marido que le destinaban. Era también costumbre que los matrimonios se efectuaran entre personas que habitaban una misma población; como había varios jóvenes de Numancia que codiciaban la mano de Truja, Arathon adivinaba que la boda de su hija con Nuró, había de suscitar dificultades por parte de

(1) Hoy Bretraña. región del N. O. de Francia.

(2) En la isla de Mahón existe hoy uno de estos monolitos.

sus convencinos; pero el carácter del jefe numantino era enérgico, y una vez tomada una resolución no se volvía á atrás.

Los que ya podemos considerar como individuos de una sola familia, se encaminaron juntos al *luco* que estaba situado á poco más de dos kilómetros de la ciudad, formado por espesa arboleda, en la que abundaban los robles y las encinas centenarias. Para el que no la conociese, la entrada de aquel bosque era difícil de descubrir; estaba cruzado por varias veredas bastante estrechas, que solo permitían el paso de un hombre, y sus entradas disimuladas con ramajes. En el centro de aquella espesura había una plazaleta bastante ancha para que en

ella pudiesen congregarse los numantinos.

En aquel sitio nadie ejercía autoridad más que los ancianos, que sin ser sacerdotes, como ya existían en las religiones de los druidas y demás pueblos de la antigüedad ejercían la misión de estos.

Como tampoco había plegarias escritas, ni ritos sujetos á reglamentación seria, cada cual oraba á su modo, dirigiendo al dios desconocido las plegarias que el corazón les dictaba. Cuando Arathon y los que le acompañaban penetraron en el bosque, ya estaban en él casi todos los numantinos, muchos de ellos en oración, colocados de pie, con los brazos levantados ó tendidos sobre el suelo. (Continuad)

IMPORTANTE

Correspondiendo á indicaciones de numerosos lectores de EL CUENTO Y LA HISTORIA, esta empresa editorial ha conseguido de una casa norteamericana la exclusiva para la publicación de las **emocionantes y sensacionales aventuras del Rey de los detectives NICK-CARTER**, que como observarán nuestros lectores, empezamos á publicar como suplemento á partir del presente núm. 8 y que alternará con *El Corpus de Sangre* ó *Los fueros de Cataluña*.

Para muy en breve daremos á conocer un CARTEL-CONCURSO de artículos literarios que se insertarán en nuestra Revista, para el cual se han destinado valiosos premios en metálico, libros y diplomas.

Otras importantísimas reformas tenemos en estudio, gracias á la buena acogida que el público sensato y amante de la lectura moral y verdaderamente instructiva dispensa semanalmente á nuestra publicación.

EL ADMINISTRADOR

